

Colón, el que portaba a Cristo, el Unico

Escribe: AURELIO ARTURO

Las ilusiones del amor propio nacional asumen formas y disfraces fantasmagóricos, que no agotan la invención. Ante un acontecimiento histórico de consecuencias, ante un paso excepcional de la ciencia o la audacia, surge de los sitios más inesperados un afán de supremacía y prioridad. Así hemos visto cómo varias ciudades o aldeas se disputan el lugar de nacimiento de los grandes hombres, y en cuanto a las innovaciones que han marcado rumbos al progreso humano, si no se pueden discutir, al menos se alegan antecedentes o precursores.

La hazaña del descubrimiento de América no escapa a esta regla sino que por el contrario ha sido uno de los casos en que el egoísmo colectivo se ha hecho presente, con el pretexto de esclarecer tal hecho histórico y de poner las cosas en su punto. Y es asombroso como se ha venido discutiendo la prioridad en el descubrimiento del Nuevo Mundo, con evidente distorsión de la verdad, sin que parezca que la disputa haya llegado a su punto final, pues de tiempo en tiempo se renueva. Es una vana palabrería cuyo resultado es la confusión que a la postre deja las cosas como estaban desde el principio.

En la mañana del 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón al mando de las tres carabelas en las que venían unos ciento veinte hombres llegó a la isla de Guaraní a la que él bautizó con el nombre de San Salvador.

Como lo ha observado con todo acierto Uslar Pietri, no era el descubrimiento de una tierra por los hombres de otra tierra.

Era mucho más y por eso fue difícil interpretarlo y comprenderlo. No era que España había descubierto América, como todavía dicen los manuales de la peor historia. No había todavía España. Hubo el encuentro de dos mundos que estaban en dos momentos de humanidad que no coincidían. Los hombres que venían en las carabelas podían identificarse por unas pocas cosas fundamentales. Eran cristianos y venían en nombre de la reina de Castilla, su patrona. No estaba completa todavía la geografía de Castilla, y mucho menos la de España. Venían allí gentes de los varios reinos hostiles y particularistas. Había castellanos de las Castilla Vieja y de la más Nueva. Gentes de la frontera con el moro. Gentes del contacto de las tres religiones de judíos, moros y cristianos viejos y cristianos nuevos. Había gentes del Cantábrico, como Juan de la Cosa, y gallegos, y andaluces y gentes de los viejos reinos de León y Aragón. Y algún judío converso y algún morisco. Y el gran genovés que había imaginado la increíble aventura.

En las Capitulaciones de Santa Fe, Colón, prometió descubrir y ganar ciertas islas y tierra firme en el Mar Océano, y zarpó del Puerto de Palos de Moguer provisto de credenciales ante el Gran Khan. Su objetivo era encontrar una vía marítima directa para llegar al Asia que él denominaba la India. Su meta era Catay y Cipango, y descubrir en la ruta hacia esos países nuevas tierras e islas.

En el convencimiento de que había encontrado lo que había ido a buscar y descubrir, lo cual era verdad sólo en parte, murió Colón creyendo que había llegado al Asia navegando en sentido contrario al habitual, es decir por la vía de occidente.

Pero poco a poco se vino en conocimiento de que no se trataba de islas adyacentes al Asia o de Catay y Cipango, sino de algo muy distinto y de dimensiones desconcertantes.

Y a medida que transcurrían los años cobraba una significación más grande lo que Colón había hecho, como lo iban revelando las exploraciones que tuvieron su iniciación y su impulso en las revelaciones colombinas, y en los otros países que o bien se negaron a contribuir o que estuvieron totalmente alejados de las empresas del descubrimiento, se iniciaron y continuaron las actividades encaminadas a disminuir y hasta negarle todo mérito a la hazaña del gran almirante. Y se fueron propalando esas especies peregrinas con que se pretende demostrar que lo que hizo Colón no sólo tuvo precursores sino que otros habían reali-

zado la portentosa hazaña con anterioridad. Se ha mencionado a los egipcios y los árabes, a las 10 Tribus perdidas de Israel, a los vikingos, a los bretones, los vascos, como los verdaderos descubridores de América. Y aún se ha escrito que se espera descubrir en antiguos archivos documentos que señalan que antes que Colón, descubrió América un navegante portugués. Y tales pretensiones no se han limitado a simples palabras, sino que en algunos casos se ha ido hasta la falsificación de monumentos e inscripciones, cuyo carácter apócrifo no ha podido encubrirse por mucho tiempo.

Después de todo, sorprende la ingenuidad que en el fondo implican todas esas alegaciones, pues todas ellas en el fondo asumen una forma semejante y de manera similar no llegan a conclusión alguna. Se dice que Colón no fue el descubridor de América y aquellos a quienes se atribuye el mérito de haberla descubierto, no tienen nombre, ni rostro, ni número, la época de sus presuntos viajes es materia de conjeturas. No tienen voz, ni palabras y no conocen las revelaciones que hubieran hecho. Fue necesario que viniera Colón para que el mundo tuviera conocimiento de que se podía ir al oriente navegando hacia el occidente, de que todo un continente se desplegaba en esa ruta, en el centro de dos océanos también, hasta entonces, en su mayor extensión desconocidos. De esto nada se supo antes por obra de los presuntos descubridores, de esos desconocidos y desdibujados viajeros, sin retorno.

Se habían urdido las más alocadas fantasías sobre la isla del preste Juan; la de las siete ciudades y otras similares, aumentadas o corregidas, pero nunca se había osado imaginar la existencia de una tan extensa porción de la esfera terrestre como la que hubo de descubrirse debido a que el muy magnífico don Cristóforo, el que según su nombre portaba a Cristo en su fe y en las enseñas de su empresa, sin temor a las supersticiosas asechanzas del mar tenebroso y a las cataratas que limitaban la extensión oceánica, puso las proas de sus naves en sentido contrario al que tomaron los hermanos Polo para llegar a la India, a los países del oro y de las especies, de las sedas y los perfumes.

Sin mengua de la gloria de Cristóbal Colón hasta se podía admitir que algún extraviado bajel, en alguna ocasión, perdiendo de vista los antiguos continentes y cruzando arrastrado por las tempestades, el inmenso desierto de las aguas en época anterior al invento de la brújula hubiera llegado a las costas del

Nuevo Mundo pero al no haber retornado y no haber podido revelar los secretos del océano, pues su llegada a playas desconocidas, no pudo darles ese carácter. Eso destaca el por qué Colón es el único descubridor, porque volvió para hacer revelaciones y con el hecho de volver las tierras y las rutas que él reveló quedaron descubiertas, reveladas para provecho del mundo y no continuaron en el limbo de lo desconocido. Es entonces evidente que todo lo que se diga respecto a anteriores descubrimientos carece de toda importancia. Sólo Colón fue el navegante con retorno, el descubridor.

Pero como el rencor suscitado por la hazaña de Colón, como se dijo antes, es inagotable en sus invenciones disfrazadas de afán científico para encubrir el egoísmo colectivo o las susceptibilidades del amor propio nacional también se ha preteudido disminuir el mérito del descubridor y del país que patrocinó la empresa, confundiendo el problema del descubrimiento con el del poblamiento del nuevo mundo, que viene a ser el del origen del hombre americano. Pero es evidente que los dos problemas no pueden confundirse sino con propósitos inconfesables.

Colón buscando el camino del Asia descubrió algo de que antes nadie tenía noticias, una parte del mundo que nadie había imaginado. Y este mundo nuevo descubierto por Colón estaba poblado de gentes innumerables y en él tenía asiento desde mucho tiempo atrás imperios de tal magnitud como el de los aztecas, el de los mayas, el de los incas, entre otros importantes núcleos humanos.

Parece inexplicable, absurdo casi, que una parte tan enorme de la esfera terrestre hubiera permanecido en total desconocimiento durante tanto tiempo.

Porque de eso nada menos se trataba: América fue un mundo aparte, desconocido totalmente para los europeos así como para los asiáticos, y en su completa extensión para sus mismos moradores los que al parecer ignoraban no sólo la existencia de otros continentes sino la existencia de otros conglomerados humanos en su mismo continente. No hay indicios ciertos de que los aztecas, por ejemplo, tuvieran conocimiento del imperio de los incas y de que estos estuvieran enterados del imperio azteca o del de los mayas.

La existencia de tan gran medida de la planta humana en el nuevo continente, planteó desde luego el problema de cómo se

pobló tan grande extensión de tierra, es decir el problema del origen del hombre americano. Los geólogos, los arqueólogos, los antropólogos han buscado afanosamente una respuesta satisfactoria. Las investigaciones científicas adelantadas llevaron de manera irrefutable a la conclusión de que la especie humana no se originó en el nuevo mundo y que tuvo su origen y evolución en el viejo mundo, o sea en Asia, Africa, Europa, antes de aparecer en los continentes americanos.

Los trabajos de investigación se adelantaron, como es obvio, con posterioridad a los llevados a cabo en Europa, principalmente. Antes de llegar a la conclusión ya mencionada se indagó tenazmente en busca de pruebas que permitieran concluir que el hombre primitivo hubiera existido en este continente, y hasta la posibilidad de que la especie humana se hubiera originado en este lado del Atlántico. Esos afanes científicos iniciados con entusiasmo y persistencia se vieron desalentados ante la evidencia de que el ser humano no se originó ni en la América del Norte, ni en la del Sur, y que tampoco fue aquí donde la humanidad se desarrolló y recorrió las grandes etapas de su evolución.

Los primeros americanos no fueron hombres simios primitivos, y el jardín del Edén no se encontró ni en el valle del Mississippi, ni en el del Amazonas.

Es obvio entonces que los pobladores de estos continentes vinieron de otros y que aquí se establecieron y se multiplicaron y desarrollaron culturas y organizaciones políticas e instituciones religiosas, etc., en armonía con la flora y la fauna y las circunstancias telúricas que ofrecía su mundo circundante, y que olvidaron en un largo transcurso de tiempo sus orígenes, los que no persistieron ni de manera vaga en sus tradiciones.

Se han sostenido y argumentado soluciones diversas para explicar el origen del hombre americano precolombino. Las más favorecidas entre éstas son las que afirman que vino del Asia atravesando el estrecho de Bohering, o cualquier otro paso que desaparecería posteriormente, y también de las islas de la Polinesia navegando seguramente de manera involuntaria por aguas del Océano Pacífico hasta las costas occidentales del nuevo mundo.

La manera como se pobló el nuevo continente, por quienes se efectuó tal poblamiento, y las características culturales que aquí florecieron, no es problema que deba dilucidarse en este escrito. Se ha hecho mención suscita de este problema sólo para

recalcar la magnitud de la empresa de Colón, al descubrir para conocimiento del mundo occidental la existencia de continentes y océanos ni siquiera sospechados.

El humanista hispano Francisco López de Gómara, autor de la "Historia de las Indias", que fuera secretario de Hernán Cortés, dejó escrito: "La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte de quien lo crió, es el descubrimiento de Indias".

Y refiriéndose a quien esto hizo: "Colón hizo cosa de grandísima gloria, y tal, que nunca se olvidará su nombre".

Lo que hizo fue añadir otro hemisferio al ya existente y completar la esfera terrestre.